

# **Colonialidad global y terrorismo antiterrorista**

**Ramón Grosfoguel**

*Estados Unidos, como potencia neocolonial en decadencia, se enfrenta a una serie de diversos desafíos. La hegemonía cultural y política europea le brinda una preeminencia discursiva con la cual catalogar según su conveniencia las oposiciones que surgen en el Tercer Mundo. Con la actual guerra de Afganistán se afianza todavía más el estamento industrial-militar y solamente un movimiento cívico como el de los años 60 podría ponerle límites democráticos a su accionar imperial.*

Los palestinos y los iraquíes despiertan todos los días como los norteamericanos despertaron la mañana del 11 de septiembre de 2001: con listas de muertos, edificios destruidos y la incertidumbre de si serán ellos las próximas víctimas. Estados Unidos vivió por un día lo que iraquíes y palestinos viven todos los días a manos del terrorismo de Estado israelí y norteamericano. No hay dudas de que los actos terroristas del 11 de septiembre son injustificables, repudiables y nadie con un mínimo sentido humanitario puede apoyarlos. Miles de civiles que no tenían nada que ver con las políticas militaristas del gobierno norteamericano pagaron con sus vidas. Sin embargo, no se puede esperar que el Estado norteamericano bombardee por una década a Irak, financie la masacre cotidiana de palestinos por el Estado israelí, invada a Panamá matando a miles de civiles, entrene en el arte del terrorismo a verdugos militares en la Escuela de las Américas y subsidie por décadas dictaduras militares en todo el mundo, sin que algún día alguien le pase la cuenta. Lo curioso es que no haya ocurrido antes. No olvidemos que el 11 de septiembre de 2001 se conmemoró el 28 aniversario del golpe de Estado de Augusto Pinochet en Chile, instigado,

---

**Ramón Grosfoguel:** profesor de sociología, Boston College.

**Palabras clave:** Estados Unidos, 11 de septiembre, neocolonialismo.

---

apoyado y financiado por el gobierno norteamericano con consecuencias nefastas: la muerte y desaparición de miles de civiles.

Lo paradójico es que las agencias de inteligencia norteamericanas sean responsables de la creación, financiamiento y apoyo logístico de dictadores y grupos terroristas alrededor del mundo que luego terminan virándose en contra a EEUU. Así pasó con Saddam Hussein (quien recibió todo tipo de apoyo financiero y militar de EEUU para que peleara una guerra sucia durante ocho años contra Irán); el general Manuel Noriega (quien estuvo por décadas en la nómina de la CIA recibiendo un salario de más de 100.000 dólares al año); y ahora con Bin Laden y los grupos fundamentalistas islámicos sospechosos de estos actos terroristas

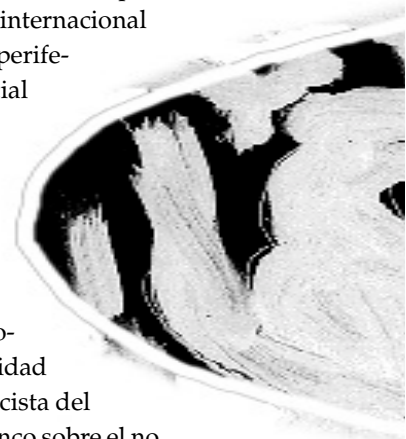
(quienes fueron entrenados y financiados por las agencias de inteligencia norteamericanas durante la Guerra Fría para la lucha contra la invasión soviética de Afganistán). Pero las respuestas terroristas de pequeños grupos armados forman parte del círculo vicioso del terrorismo de Estado. Las organizaciones terroristas terminan reproduciendo, dentro de sus propias estructuras, el mismo terrorismo estatista contra el cual supuestamente luchan. Parafraseando a Nietzsche diríamos que las organizaciones terroristas de tanto mirar al monstruo estatal a los ojos, se convierten en él. Dichos grupos retroalimentan y justifican la lógica terrorista de Estado pues le proveen al poder imperial de argumentos para legitimar su «terrorismo antiterrorista». Sin embargo, condenar el terrorismo sin repudiar el terrorismo de Estado es hacerse cómplice de este último. Responder al terrorismo con terrorismo de Estado solo contribuye a sustituir un terrorismo por otro. El ciclo de violencia no se rompe con más violencia imperial.

El gobierno norteamericano ha sido el terrorista número uno en el mundo. El militarismo norteamericano ha asesinado a más seres humanos que ningún otro imperio en la historia de la humanidad. George W. Bush se presentó frente a las cámaras de televisión con cara de «yo no fui», y mintiéndole descaradamente al pueblo norteamericano dijo que el ataque del 11 de septiembre fue debido a que EEUU exporta libertad y democracia alrededor del mundo. Cualquier persona con un mínimo de conocimiento de política exterior norteamericana o con un mínimo de memoria histórica sabe que EEUU exporta al mundo de todo menos democracia y libertades. Si hay dudas, se les puede preguntar a

***Responder  
al terrorismo  
con terrorismo  
de Estado  
solo contribuye  
a sustituir  
un terrorismo  
por otro.  
El ciclo  
de violencia  
no se rompe  
con más  
violencia  
imperial***

los residentes de Vieques –isla del archipiélago de Puerto Rico donde el ejército norteamericano realiza sus prácticas militares–, quienes por décadas han vivido las consecuencias nefastas de la colonia militar (p. ej. alta incidencia de cáncer), si los norteamericanos exportan democracia y libertad al resto del mundo. Recientemente, en un referendo local, las dos terceras partes del pueblo de Vieques votó democráticamente a favor de que la marina norteamericana termine de inmediato sus operaciones militares. Sin embargo, la respuesta de las élites norteamericanas, quienes se jactan de ser los defensores de la democracia en el mundo, ha sido ignorar los resultados e incrementar los ejercicios.

Pero la pregunta clave ante el 11 de septiembre es: ¿por qué se genera tanto escándalo cuando se trata de la muerte de 6.000 personas en EEUU pero se silencia la muerte de 6.000 iraquíes por mes, a causa de los bombardeos y el bloqueo económico norteamericano sobre Irak, o la muerte cotidiana de palestinos en los territorios ocupados? Esta arbitrariedad responde a lo que Aníbal Quijano llama la «colonialidad del poder». La división internacional del trabajo estructurada entre centros metropolitanos y periferias neocoloniales se superpone a una jerarquía etnorracial global entre europeos/euro-americanos y no europeos. La mayoría de las poblaciones no europeas están localizadas en la periferia, mientras la mayoría de las poblaciones europeas o de origen europeo están localizadas en los centros metropolitanos<sup>1</sup>. Aun las poblaciones de origen europeo que viven en la periferia tienen las posiciones sociales más privilegiadas y constituyen las élites políticas y económicas en muchos de estos países. La colonialidad global está entrelazada con la geocultura eurocéntrica y racista del sistema-mundo capitalista que privilegia al europeo o blanco sobre el no europeo o no blanco. Este imaginario colonial produce el «sentido común» del cual se retroalimenta la hegemonía europea/euro-norteamericana en el sistema-mundo capitalista. De ahí la arbitrariedad en la definición de «terrorismo», «genocidio» y «violación a los derechos humanos». ¿Acaso se define como genocidio el exterminio de indios en el siglo XIX en EEUU y Argentina o la matanza masiva de vietnamitas por la administración Nixon? ¿Por qué no se define como terrorismo el bombardeo indiscriminado norteamericano que ha produ-

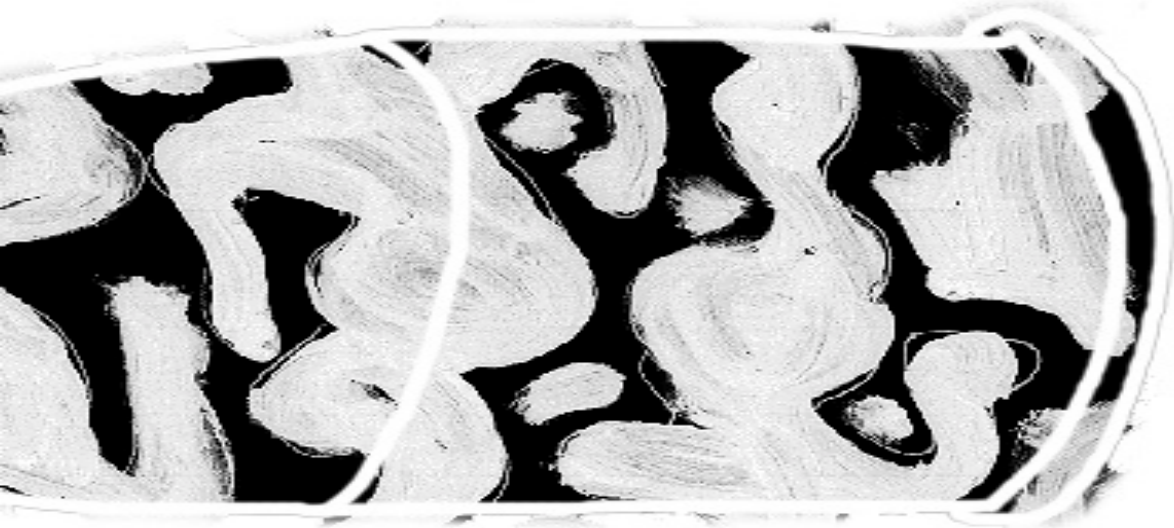


---

1. El único país no europeo que forma parte de los centros metropolitanos en la división internacional del trabajo es Japón. Sin embargo, es la excepción que confirma la regla. Japón es el único país no europeo que nunca fue colonizado ni periferizado por Europa y que participó en la formación de su propio imperio colonial.

cido la muerte de miles de civiles en Sudán, Libia, Irak, Panamá y, más recientemente, en Afganistán? ¿Por qué las elites norteamericanas, «campeonas» y «predicadoras» de los derechos humanos en el mundo, nunca mencionan que EEUU tiene más presos en sus cárceles que China comunista, aun cuando este país tiene cinco veces la población estadounidense, y que 70% de los presos son minorías de origen no europeo?

El atentado terrorista del 11 de septiembre ha servido para que las elites norteamericanas, «campeonas» en la promoción de «libre-mercados» y neoliberalismo para la periferia, acudan al keynesianismo militar o «corporate welfare» como estrategia para estimular la salida de su economía de una fuerte crisis recesiva. Predican el neoliberalismo para la periferia mientras practican el keynesianis-



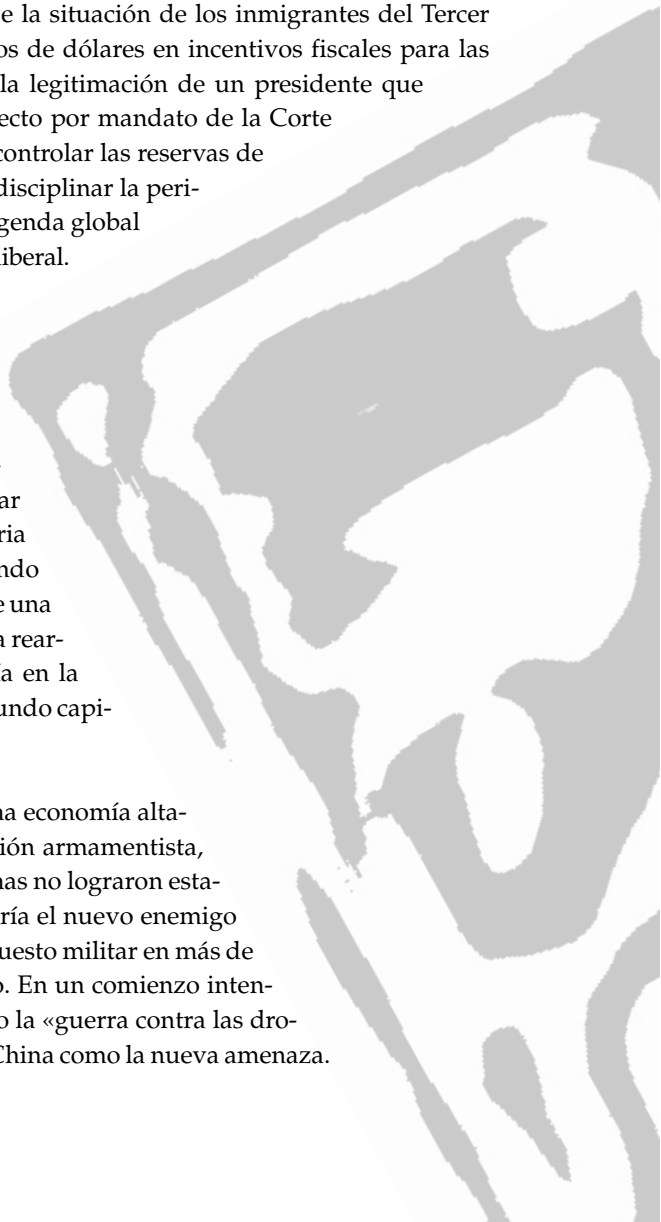
mo para el centro. Por eso, la respuesta que ha predominado en las elites norteamericanas es la lógica terrorista estatista de responder a la violencia con violencia. En un proceso cíclico de cada 10 a 15 años, EEUU se embarca en una guerra de agresión en algún lugar de la periferia no europea para lanzar todas las bombas producidas durante esos años por el complejo militar-industrial. Luego de vaciar el «almacén» de bombas, le pasan la cuenta a los contribuyentes norteamericanos para construir más armamento por otros 10 a 15 años. Esto explica por qué en la guerra del Golfo Pérsico en 1991 le hayan lanzado a Irak en tres meses más bombas que la suma total de todas las lanzadas durante cuatro años en la Segunda Guerra Mundial y dos años de guerra en Corea. Lo mismo

hicieron en los años 70 en Camboya y Vietnam, donde lanzaron miles de toneladas de bombas asesinando a millares de civiles. Y ahora hacen lo mismo en Afganistán.

Las elites norteamericanas acuden a una retórica militarista y antiterrorista para capitalizar la agresión terrorista y lograr apoyo masivo a su agenda imperial derechista. Dicha agenda tiene una vertiente interna que incluye la restricción de los derechos civiles y ciudadanos, el aumento del presupuesto militar, la militarización de las fronteras, el endurecimiento (con la consiguiente mayor rentabilidad para las empresas) de la situación de los inmigrantes del Tercer Mundo, la promoción de millardos de dólares en incentivos fiscales para las corporaciones transnacionales, y la legitimación de un presidente que perdió las elecciones y que fue electo por mandato de la Corte Suprema. La vertiente externa es controlar las reservas de petróleo al norte de Afganistán y disciplinar la periferia en el mundo dentro de una agenda global de «recolonización» militarista neoliberal.

La invasión a Afganistán y la promoción de una guerra de larga duración sin enemigos y sin objetivos claros ni definidos muestra el interés simultáneo de EEUU en estimular una economía de guerra y lanzarse a controlar por métodos coercitivos la periferia interna y externa del sistema-mundo capitalista. En definitiva, se trata de una estrategia de la posguerra fría para rearticular y reproducir su hegemonía en la colonialidad global del sistema-mundo capitalista.

Terminada la Guerra Fría y con una economía altamente dependiente de la producción armamentista, las elites imperiales norteamericanas no lograron establecer un consenso sobre quién sería el nuevo enemigo que justificara mantener el presupuesto militar en más de 300.000 millones de dólares al año. En un comienzo intentaron definir como nuevo enemigo la «guerra contra las drogas». Luego, intentaron señalar a China como la nueva amenaza.



Sin embargo, ambas estrategias fracasaron pues se desencadenó una lucha en el interior del Pentágono entre el ejército y la fuerza aérea en términos de quién tendría prioridad y, por tanto, qué sector recibiría el grueso del presupuesto militar. En la guerra contra las drogas el ejército tendría la prioridad, mientras que en la guerra contra China la fuerza aérea tendría mayor importancia. Esta falta de consenso y lucha faccional al interior del estamento militar quedó resuelta el 11 de septiembre con la definición de una nueva guerra contra el terrorismo y contra el mundo islámico donde todos los sectores del Pentágono tendrán igual prioridad. En muchos sentidos, Samuel Huntington con su *Clash of Civilizations* a fines del siglo xx es para las elites norteamericanas en el siglo xxi lo que el estratega naval Alfred Mahan fue, con su propuesta de tomar todas las últimas posesiones coloniales del imperio español a fines del siglo xix (guerra hispanoamericana de 1898), para las elites norteamericanas en el siglo xx: el ideólogo que proveyó una estrategia para constituir su poder hegemónico global. Sin embargo habría que hacer la salvedad de que Mahan fue el estratega de un imperio en ascenso, mientras que Huntington es el estratega de uno en decadencia.

Algo imprevisto sería que creciera la conciencia antimilitarista y antibélica dentro del pueblo norteamericano y exigiera la fiscalización ciudadana de la política exterior norteamericana. La idea de que se puede seguir masacrando a través del mundo sin consecuencias para las vidas de civiles en EEUU hizo crisis el 11 de septiembre y pudiera provocar una intervención política ciudadana contra el terrorismo de Estado norteamericano en el mundo. Recordemos que el movimiento contra la guerra de Vietnam en los años 60 comenzó como un movimiento minoritario que terminó siendo mayoritario con nefastas consecuencias de largo plazo para la hegemonía norteamericana en el mundo (p. ej., crisis de Watergate y la derrota en Vietnam). Un fracaso de este tipo, provocado por un movimiento ciudadano en el interior del imperio, en este momento histórico tendría consecuencias incalculables no solo para la hegemonía norteamericana en el mundo sino para la sobrevivencia del sistema-mundo capitalista tal como históricamente lo hemos conocido.